

Nochebuena en el Marais

CUENTO DE NAVIDAD

por ALFONSO DAUDET

El señor Majestad, fabricante de agua de Seltz en el barrio del Marais, acaba de cenar la Nochebuena en casa de unos amigos, en la Plaza Real, y se dirige a su domicilio canturreando muy satisfecho. En San Pablo suenan las dos. “¡Qué tarde es!” —se dice nuestro hombre—, y apresura el paso; pero el piso está resbaladizo y las calles oscuras, y además, en este demonio de barrio antiguo, que data del tiempo en que apenas transitaban carruajes, hay multitud de recodos, de rinconadas y de mojonos delante de las puertas para uso de los jinetes. Tantas cosas no dejan ir de prisa, sobre todo si se tienen las piernas algo pesadas y los ojos turbios por los brindis de la cena... Pero, al fin, el señor Majestad llega a su casa. Se para ante una puerta tallada, donde a la luz de la Luna se ve relucir un escudo de armas acabado de dorar; antiguos blasones repintados que ha adoptado para su marca de fábrica:

Antiguo palacio de Nesmond.

Majestad, hijo.

Fabricante de agua de Seltz.

En todos los sifones de la fábrica, en las facturas, en el membrete de las cartas, se despliegan resplandecientes las viejas armas de Nesmond.

Después del portal viene el patio, un ancho patio ventilado y claro, que por el día, cuando se abre, da luz a toda la calle. En el fondo del patio, un gran edificio, muy viejo, de paredes ennegrecidas, muy ornamentadas, balcones de hierro curvado, balcones de piedra de pilastras, grandes ventanas alargadas, coronadas de frontispicios, de chapiteles que se elevan en los últimos pisos como otros tantos tejadillos en el tejado, y al fin, en la techumbre, entre las pizarras, las lumbreras de las bohardas, redondas, muy coquetas, ornadas de guirnaldas como si fueran espejos. Y además una gran escalinata de piedra, carcomida, verdosa de la lluvia, una parra escuálida que se aferra a los muros, tan negra y retorcida como la cuerda que oscila allá arriba, en la garrucha del granero. Y un gran ambiente de vetustez y tristeza... Es el antiguo palacio de Nesmond.

Por el día, el aspecto del palacio es completamente distinto. Las palabras “Caja”, “Almacén”, “Entrada a los talleres”, fulguran por todas partes, en letras doradas, sobre las viejas paredes, y

las prestan nueva vida y juventud. Retumba el estrépito de los camiones en el portal; los empleados se adelantan a la escalinata, la pluma tras la oreja, para recibir las mercancías. El patio está sembrado de cajas, de cestas, de tela de embalar. No hay más que verlo: es una fábrica. Pero a la noche, bajo el inmenso silencio, bajo la luna de invierno, que entre el laberinto de tejados arroja y entremezcla extrañas sombras, la antigua mansión de los Nesmond vuelve a su señorial existencia. Los balcones semejan de encaje; el patio de honor se engrandece, y la vieja escalera, con sus claros y oscuros, parece tener escondrijos, como las catedrales, con nichos vacíos y altares, que figuran los escalones desvanecidos.

Pero esta noche, más que nunca, el señor Majestad le encuentra a su casa un aspecto grandioso. Al atravesar el patio desierto le impresiona el ruido de sus propios pasos; la escalera le parece inmensa, sobre todo muy pesada de subir. Sin duda es la cena... Cuando llega al primer piso se detiene para respirar y se acerca a una ventana. ¡Lo que es habitar una casa histórica! No es que el señor Majestad sea poeta; ¡cál!, no, señor; pero al mirar aquel magnífico patio aristocrático, por donde la Luna extiende un manto de azulada luz; al mirar la antigua mansión señorial, que parece dormir, con sus tejados aletargados, bajo un capuchón de nieve, se le ocurren ideas disparatadas:

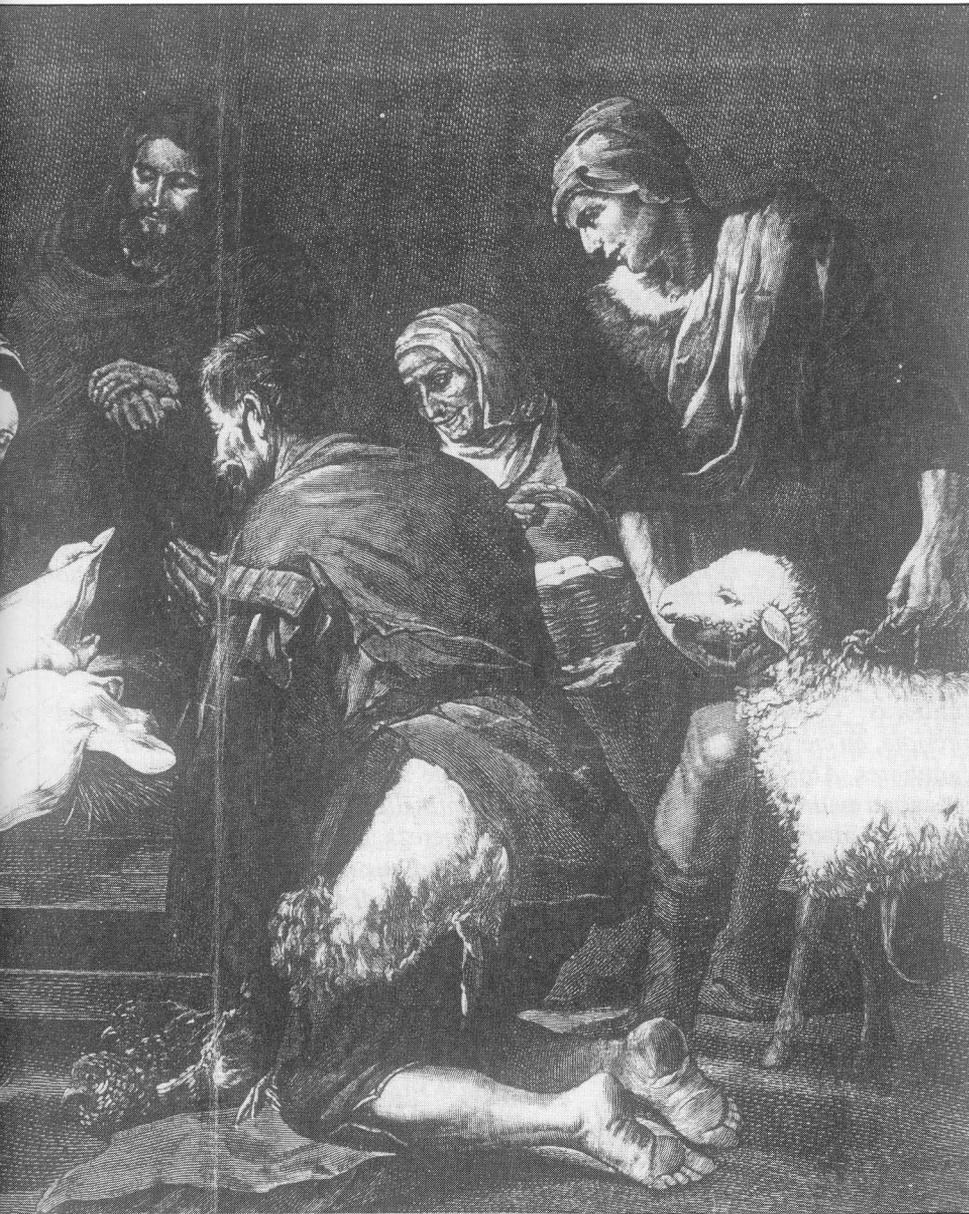
—¡Vaya! Si los Nesmond resucitaran...

Entonces mismo, un campanillazo retiñe. La puerta se abre de par en par, tan bruscamente, con tal ímpetu, que la llama del reverbero se extingue, y durante unos minutos, en la sombra del portal, se oye el ruido confuso de cosas que se rozan, de cuchicheos, así como si disputaran y se empujaran para entrar. Y van pasando pajes, muchos pajes, carrozas de espejos que reflejan la luz de la Luna, sillas de mano balanceadas entre dos antorchas, que se avivan con la corriente de aire del portal. En menos que se dice, el patio se ha llenado; pero al pie de la escalinata la confusión se apaga. De los carruajes desciende mucha gente; se saludan y entran hablando, como si conocieran la casa. En la escalinata suena el roce de las sedas y el



chocar de los espadines. Y sólo se ven blancos peinados, cabelleras agobiadas de polvos de arroz; sólo se oyen vocecitas claras, un poco trémulas; risillas sin timbre, pasos ligeros. ¡Todos ellos tienen trazas de ser viejos, muy viejos! Son ojos sin brillo, joyas apagadas, antiguos brocados de seda que se han desvaído en suaves gradaciones, en donde la luz de las antorchas despierta un dulce fulgor. Y por encima flota una nubecilla de polvos que se desprenden de las empingorotadas pelucas, rizadas en bucles, a cada una de sus reverencias, algo rígidas a causa de las espadas y de los miriñaques. A poco, la casa parece estar llena de fantasmas. Las antorchas brillan de ventana en ventana; suben y bajan por las vueltas de la escalera; hasta las lucernas de las buhardillas tienen también su llama de fiesta y de vida.

El palacio de Nesmond se ilumina de arriba abajo, como si un gran rayo de Sol poniente se reflejara en todos sus cristales.



Bartolomé Murillo: "La Adoración de los Pastores". Museo del Prado, Madrid.

—¡Dios mío! ¡Van a prender fuego! —piensa el señor Majestad—. Y ya repuesto de su estupor, intenta sacudir el aletargamiento de sus piernas y descende rápidamente al patio, donde los lacayos han encendido una gran fogata. El señor Majestad se aproxima, les habla; pero los lacayos no le responden y continúan conversando en voz baja, sin que el más leve vapor se escape de sus labios en la sombra glacial de la noche. El señor Majestad está inquieto; pero una cosa le tranquiliza: que esta gran hoguera, que lanza sus llamas tan altas y erguidas, es un fuego extraño, un fuego sin calor, que brilla y no quema. Sosegado en este respecto, el pobre hombre franquea la escalinata y entra en los almacenes.

Estos almacenes de la planta baja sin duda fueron antaño salones de recepción. Todavía brillan en los ángulos algunos restos de oro empañado. Alegorías mitológicas corren por el techo, rodean los espejos, flotan sobre las

puertas con vagos colores, algo desvanecidos, como el recuerdo de los años huidos. Por desgracia, no quedan ni cortinajes ni muebles; sólo se ven cestas, grandes cajas repletas de sifones de cabeza de estaño y las ramas secas de un viejo árbol que emergen, negras, tras de los vidrios. El señor Majestad se encuentra, al entrar, con su almacén lleno de luz y de gente. Saluda, pero nadie para en él. Las damas, del brazo de sus caballeros, muy bien vestidas de raso, prosiguen haciéndose ceremoniosas carantoñas. Pasean, conversan, se diseminan por todos lados. Verdaderamente, estos viejos marqueses parecen que están en su propia casa. Una menuda sombra se detiene frente a un entrepaño pintado, toda trémula. "¡Decir que soy yo y que estoy aquí!"—, y mira sonriente a una Diana que se yergue en la madera, frágil y rosada, con una media luna en la frente.

—¡Nesmond, ven a ver tus armas!— y todos ríen al encontrar el blasón de los

Nesmond pintado en una harpillera de embalar con el nombre de Majestad por debajo.

—¡Ah!, ¡ah! ¡Majestad! ¿Pero es que aún quedan majestades en Francia?

Y hay alegrías sin fin, risas que suenan como flautas, dedos en el aire, bocas que se fruncen en un mohín.

Alguien grita de pronto:

—¡Champaña! ¡Champaña!

—No, no.

—Sí, sí... Es Champaña. Condesa, en seguida vamos a tomar la media noche.

Es el agua de Seltz del señor Majestad, que han confundido con champaña. Encuentran que este champaña está algo picado; pero, ¡bah!, se lo beben como si tal cosa, y como estas pobres sombras no tienen la cabeza muy fuerte, la espuma del agua de Seltz las excita poco a poco, las anima, les da ganas de bailar. Se organiza el minué. Cuatro hábiles violines que Nesmond ha llamado inician un aire de Rameau, lleno de trinos, lindo y melancólico dentro de su vivacidad. Es de ver cómo estas preciosas antiguallas giran lentamente y saludan a compás con un grave ademán. Sus joyas vuelven a brillar, y los chalecos dorados, los trajes de brocado, los zapatos con hebillas de diamantes, hasta las pinturas de los muros, parecen revivir al oír las antiguas melodías. El viejo espejo, encerrado en el muro hace doscientos años, también las reconoce, y aunque rayado y oscurecido en las esquinas, se ilumina dulcemente y devuelve a los danzarines su imagen algo turbia, como enternecido por el recuerdo. En medio de tantas elegancias, el señor Majestad se encuentra oprimido. Se ha agazapado tras una caja, y desde allí mira.

Entre tanto, el día se acerca poco a poco. Por las puertas de cristal del almacén se ve clarear el patio, luego lo alto de las ventanas, después un lado entero del salón. A medida que la luz entra, las figuras se borran, se desvanecen. A poco el señor Majestad no ve más que dos violinistas rezagados en un rincón, que la luz evapora con sólo tocar. En el patio aún se discierne, pero ya vagamente, la forma de una silla de mano, una cabeza empolvada cuajada de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que los lacayos han tirado sobre el empedrado, y que se confunden con el fuego que arrancan las ruedas de un carro de transporte que entra con gran estrépito por el portal abierto...

Cuentos del lunes/Alfonso Daudet; tr. Fernando G. Vela.— Madrid: Calpe, 1921 (t. II, 2ª parte. Caprichos y recuerdos).